

# Historias Acuarianas Para Niños

## Las Llaves del Cielo por Manfred Kyber

Había una vez un rey muy grande y poderoso que gobernaba sobre muchas tierras. Todos los tesoros de la tierra eran suyos, y todo el día jugaba con las piedras preciosas de Ofir y las rosas de Damasco como si fueran cosas sin importancia. Sin embargo, con todas sus riquezas, le faltaba una cosa: las llaves de las puertas del cielo.

Había enviado miles de mensajeros por todo el mundo para encontrar las llaves del cielo, pero ninguno de ellos pudo traérselas. A muchos sabios que llegaban a su corte les había preguntado dónde se encontraban las llaves del cielo, pero ninguno sabía la respuesta.

Uno de ellos, un hombre de la India con ojos extraños, apartó sonriente las piedras preciosas de Ofir y las rosas de Damasco con las que el rey solía jugar, y le dijo que todos los tesoros de la tierra se podían tener como regalo, pero las llaves del cielo cada uno debía encontrarlas por sí mismo.

Entonces el rey decidió encontrar las llaves del cielo, fuera cual fuera el costo.

Esto sucedía en una época en que los hombres aún podían ver dónde el cielo se extendía hasta la tierra, y todos conocían la alta montaña en cuya cima se habían construido las puertas del cielo. El rey ordenó a sus cortesanos que se quedaran en casa y comenzó a escalar la empinada montaña hasta que llegó a las puertas del cielo.

Ante las puertas, cuyas murallas estaban inundadas por la luz más brillante del sol, estaba el ángel Gabriel, el guardián del jardín eterno de Dios.

—Ser glorioso —dijo el rey—, todos los tesoros de la tierra son míos. Muchas son las tierras que deben rendirme tributo y me divierto jugando con las piedras preciosas de Ofir y las rosas de Damasco. Sin embargo, no estoy tranquilo hasta que tenga también las llaves del cielo en mi poder. ¿De qué otra manera se abrirían sus portales para mí algún día?

—Esa es ciertamente la verdad —dijo el ángel Gabriel—. Sin las llaves del cielo nunca abrirás sus portales, incluso si estuvieras en posesión de todas las artes y tesoros de la tierra. Pero ¡cuán abundantes son las llaves del cielo! Pueden encontrarse en cada pequeña flor cuando es primavera en la tierra, y en el alma de cada criatura.

—¡Cómo! —exclamó el rey, muy sorprendido—. ¿Eso es todo lo que tengo que hacer? ¿Solo recoger estas pequeñas flores? Los prados y los bosques están llenos de ellas, y dondequiera que vayas las pisas.

—Es muy cierto que la gente pisotea las muchas flores bonitas —dijo el ángel—. Sin embargo, encontrar las llaves no es tan fácil como te parece. Tienen que ser tres llaves del cielo que abrirán las puertas del cielo, y las tres serán verdaderamente tuyas solo si brotan a tus pies y para ti. Todos los otros miles de primulas que florecen en la tierra, que en el país de las hadas se conocen como las llaves del cielo, solo deben servir como recordatorios para que la gente haga brotar las verdaderas llaves del cielo, porque esas son las flores que todos pisotean.

Justo entonces, un niño pequeño apareció ante las puertas del cielo, sosteniendo en su mano tres pequeñas llaves del cielo. Las flores irradiaban una fragancia deliciosa desde las manos del niño. Cuando el niño tocó las puertas del cielo con las tres llaves, los portales se abrieron de par en par y el ángel Gabriel lo llevó al cielo. Pero las puertas se cerraron de nuevo y el rey quedó solo ante las puertas cerradas.

Entonces el rey descendió la montaña pensativamente, de regreso a la tierra, y por todas partes los campos y prados estaban llenos de las más hermosas llaves del cielo doradas. El rey tuvo mucho cuidado de no pisar ninguna, pero ninguna de las flores brotó a sus pies.

—¿Acaso no encontraré las verdaderas llaves del cielo? —se preguntó el rey—, cuando un niño pequeño logró encontrarlas.

Pero no las encontró, y pasaron muchos años.

Un día, mientras salía de su castillo acompañado de sus cortesanos con todo su esplendor, una niña sucia y descuidada, que no tenía padre ni madre, estaba sentada pidiendo limosna junto al camino.

—Ah, que pida limosna en otro lado —dijeron los sirvientes, apartándola cuando se acercó al rey con la mano extendida.

Pero el rey hizo señas a la pequeña mendiga para que se acercara. En todos los años desde que había bajado de la montaña, había pensado mucho en las llaves del cielo. Entonces levantó a la niña, la sentó delante de él en su caballo y se la llevó a su castillo. Cuando llegaron a casa, ordenó que alimentaran a la niña y la vistieran bonito, y él mismo la crió y la adornó y le puso una pequeña corona en la cabeza.

Entonces brotó a sus pies una pequeña llave dorada del cielo. Enseguida el rey proclamó que en todo su reino todos los pobres y todos los niños serían sus hermanos.

Pasaron nuevamente muchos años, y un día el rey salió a caballo al bosque con sus nobles. Al ver a un lobo enfermo y herido, desmontó y descubrió que la bestia estaba indefensa y no podía moverse.

—Oh, déjalo morir —dijeron los cortesanos, interponiéndose entre el rey y la miserable criatura.

Pero el rey puso al pobre animal en uno de los carros y, cuando llegó a casa, cargó al lobo en brazos hasta el palacio. Allí lo cuidó todos los días hasta que lo devolvió a la salud, y desde ese día el lobo lo seguía a dondequiera que iba. Entonces floreció la segunda llave del cielo a los pies del rey. A partir de entonces, el rey declaró a todas las criaturas de su reino como sus hermanos menores.

Otros años pasaron, y un día sucedió que el rey paseaba por su jardín. Se regocijaba al contemplar las muchas plantas y flores raras y hermosas, tan artística y cuidadosamente cuidadas y alimentadas, que hacían de su jardín el más hermoso de todas las tierras vecinas. Mirando hacia abajo, el rey vio al borde del camino una planta de aspecto feo que casi se marchitaba bajo el sol ardiente, con sus hojas polvorientas inclinadas por la sed.

—Voy a buscar agua —dijo el rey.

Pero el jardinero lo detuvo.

—Es tan fea como una mala hierba —dijo—. Déjeme arrancarla y quemarla. No hay lugar para algo así en su jardín real, con toda su belleza floral.

Pero el rey, tomando su casco dorado, lo llenó de agua fresca en la fuente y lo llevó a la planta. La planta bebió toda el agua y comenzó a respirar, a vivir y a prosperar de nuevo.

Entonces la tercera llave del cielo floreció a los pies del rey, mientras la pequeña mendiga y el lobo miraban. El rey, levantando la vista hacia la empinada montaña, vio las puertas del cielo abriéndose de par en par, y en la luz radiante del sol que inundaba sus murallas, estaban el ángel Gabriel y el niño pequeño que ya había encontrado el camino al cielo aquella vez, hace mucho, mucho tiempo.

Las tres llaves del cielo todavía florecen hoy, y brillan incluso más y más hermosas que todas las piedras preciosas de Ofir y todas las rosas de Damasco.